

Libro 3 de la serie *Tres Coronas Oscuras* best seller #1 del *New York Times*

KENDARE BLAKE



UNA REINA GOBIERNA, OTRA REINA SE LEVANTA.

Dos reinos oscuros

Dos reinos oscuros

Blake, Kendare

Índice de contenido

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[Dos reinos oscuros](#)

Blake, Kendare

Dos reinos oscuros / Kendare Blake. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Del Nuevo Extremo, 2020.

Archivo Digital: descarga

Traducción de: Martín Felipe Castagnet.

ISBN 978-987-609-770-3

1. Narrativa Juvenil Estadounidense. I. Castagnet, Martín Felipe, trad. II. Título.

CDD 813.9283

© 2018, Kendare Blake

Título en inglés: Two Dark Reigns

© 2019, Editorial Del Nuevo Extremo S.A.

Charlone 1351 - CABA

Tel / Fax (54 11) 4552-4115 / 4551-9445

e-mail: info@dnxlibros.com

www.delnuevoextremo.com

Imagen editorial: Marta Cánovas

Traducción: Martín Felipe Castagnet

Corrección: Mónica Piacentini

Adaptación de tapa: WOLFCODE

Diagramación interior: Dumas Bookmakers

Primera edición en formato digital: diciembre de 2019

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-987-609-770-3

ELENCO DE PERSONAJES

INDRID DOWN

Ciudad Capital. Hogar de la reina Katharine

LOS ARRON

Natalia Arron

Matriarca de la familia Arron. Cabeza del Consejo Negro

Genevieve Arron

Hermana menor de Natalia

Antonin Arron

Hermano menor de Natalia

Pietyr Renard

Sobrino de Natalia por su hermano Christophe

ROLANTH

Hogar de la reina Mirabella

LOS WESTWOOD

Sara Westwood

Matriarca de la familia Westwood. Afinidad: agua

Bree Westwood

Hija de Sara Westwood, amiga de la reina. Afinidad: fuego

MANANTIAL DEL LOBO

Hogar de la reina Arsinoe

LOS MILONE

Cait Milone

Matriarca de la familia Milone. Familiar: Eva, un cuervo

Ellis Milone

Esposo de Cait y padre de sus hijos.

Familiar: Jake, un spaniel blanco

Caragh Milone

Hija mayor de Cait, desterrada a la Cabaña Negra. Familiar:

Juniper, una sabueso marrón

Madrigal Milone

Hija menor de Cait. Familiar: Aria, un cuervo

Juillenne "Jules" Milone

Hija de Madrigal. La naturalista más poderosa en décadas y amiga de la reina. Familiar: Camden, una gata montesa

LOS SANDRIN

Matthew Sandrin

Hijo mayor de los Sandrin. Antiguo prometido de Caragh Milone

Joseph Sandrin

Hijo del medio de los Sandrin. Amigo de Arsinoe. Desterrado al continente por cinco años

OTROS

Luke Gillespie

Propietario de la Librería Gillespie. Amigo de Arsinoe.

Familiar: Hank, un gallo verdinegro

William "Billy" Chatworth Jr.

Hermano adoptivo de Joseph Sandrin. Pretendiente de las reinas

La señora Chatworth

Jane

Emilia Vatro, *una guerrera de Ciudad Bastián*

Mathilde, *una oráculo*

EL TEMPLO

Suma Sacerdotisa Luca

Sacerdotisa Rho Murtra

Elizabeth, *iniciada y amiga de la reina Mirabella*

EL CONCILIO NEGRO

Natalia Arron, *envenenadora*

Genevieve Arron, *envenenadora*

Allegra Arron, *envenenadora*

Paola Vend, *envenenadora*

Lucian Marlowe, *envenenador*

Margaret Beaulin, *don de la guerra*

Renata Hargrove, *sin dones*



LA CABAÑA NEGRA

400 AÑOS ANTES DEL NACIMIENTO DE MIRABELLA, ARSINOE Y KATHARINE

El parto fue difícil y sangriento desde el comienzo. No se esperaba menos de una reina con el don de la guerra, especialmente de una tan curtida como la reina Philomene. La Comadrona apretó una compresa fría en la frente de la reina, pero esta le apartó el brazo.

—El dolor no es nada —dijo la reina Philomene—. Celebro esta última pelea.

—¿Crees que la guerra no te va a seguir al país de Louis? —preguntó la Comadrona—. Suena imposible, incluso si tu don desaparece cuando dejes la isla.

La reina miró hacia la puerta, por donde podía ver cómo Louis, su rey-consorte, iba y venía. Los ojos negros le brillaban por la excitación del trabajo de parto. El pelo oscuro le brillaba por el sudor.

—Quiere que todo esto se termine. No sabía con qué se metió cuando se casó conmigo.

Ni él ni nadie. El reinado de Philomene estuvo marcado por la guerra. Bajo su gobierno, la ciudad capital siempre estaba cargada de guerreros. Hizo construir grandes barcos y saqueó las aldeas costeras de todas las naciones estado, excepto la de su rey-consorte. Pero ahora todo eso era parte del pasado. Ocho años de reinado brutal, belicoso. Un tiempo corto, incluso para los parámetros de una reina guerrera, pero de todos modos la isla estaba exhausta. Las reinas guerreras significaban gloria pero también intimidación. Protección. No solo su esposo se alivió cuando la Diosa le envió las trillizas a la reina.

Philomene sufrió otra contracción, y corrió las piernas para ver cómo las sábanas se seguían manchando de sangre.

—Lo estás haciendo bien —mintió la Comadrona. ¿Pero qué sabía ella? Era joven y nueva en la Cabaña Negra. Una envenenadora de nacimiento, y por tanto una sanadora capaz, pero aunque había ayudado en muchos partos, nadie estaba realmente preparado para el nacimiento de las reinas.

—Sí —concordó Philomene con una sonrisa—. Es digno de una reina guerrera sangrar tanto. Pero sospecho que moriré hoy.

La Comadrona remojó el trapo y lo escurrió de nuevo, por si Philomene le permitía usarlo. Quizás la dejaría. Después de todo, ¿quién lo vería? Para la isla, una reina estaba muerta una vez que nacían las trillizas. Los caballos que la llevarían a ella y a Louis a la barcaza que esperaba en el río y de allí al barco ya estaban ensillados; una vez que se hubieran ido, Philomene y Louis nunca regresarían. Incluso la cariñosa y pequeña Comadrona la olvidaría en cuanto nacieran las bebés. Aparentaba preocuparse por ella, pero su único objetivo era que Philomene sobreviviera lo suficiente como para parir a las trillizas.

Philomene echó una mirada a la mesa con hierbas y trapos limpios, frascos con pociones para adormecer el dolor, que ella había rechazado, por supuesto. También había cuchillos. Para liberar a las nuevas reinas, si la antigua era demasiado débil. Philomene sonrió. La Comadrona era una criatura débil. Que intentara cortarla si se atrevía.

El dolor pasó, y Philomene sonrió.

—Están apuradas, igual que yo. Me apuré desde que nací por dejar mi marca. Quizás sabía que iba a tener poco tiempo para lograrlo. O quizás fue ese esfuerzo lo que acertó mi vida. ¿Vienes del templo, no? ¿Antes de servir en la soledad de la Cabaña?

—Fui instruida aquí, mi reina. En el templo de Prynn. Pero nunca tomé los juramentos.

—Por supuesto que no. Veo que no hay brazaletes tatuados en tus brazos. No soy ciega.

Otra vez se dobló de dolor y perdió más sangre. Los espasmos eran cada vez más seguidos.

La Comadrona la tomó del mentón y le abrió los ojos.

—Estás quedándote sin fuerzas.

—No.

Philomene se dejó caer de nuevo en la cama. Puso sus manos sobre el vientre enorme en un gesto casi maternal. Pero no preguntaría por las reinas bebés. No eran suyas como para preguntar. Todas pertenecían a la Diosa y solo a la Diosa.

Con esfuerzo, se enderezó con los codos. En su rostro había un gesto de determinación lúgubre. Chasqueó los dedos para que la Comadrona volviera a ubicarse entre sus piernas.

—Ya estás lista para pujar. Estará todo bien: eres fuerte.

—¿No era que me estaba quedando sin fuerzas? — murmuró Philomene.

La primera reina nació en silencio. Respiraba, pero no lloró ni siquiera cuando la Comadrona le palmeó la espalda. Era pequeña, bien formada, y muy rosada para un parto tan duro y complicado. La Comadrona la sostuvo para que Philomene la viera; por un instante, la sangre de las reinas fluyó entre ellas a través del cordón umbilical.

—Leonine —la bautizó la reina—. Una naturalista.

La Comadrona lo repitió en voz alta y se llevó a la bebé para limpiarla y ubicarla en una cuna. Después la cubrió con una manta verde y bordada con flores. No mucho después llegó la siguiente bebé, esta vez gritando, con los diminutos puños apretados.

—Isadora —dijo la reina, mientras la bebé lloraba y parpadeaba con sus enormes ojos negros—. Una oráculo.

—Isadora. Una oráculo —repitió la Comadrona. Y se la llevó para envolverla con una manta gris y amarilla, los colores de las clarividentes.

La tercera reina nació con un torrente de sangre, como una oleada. Era tan macabro que Philomene abrió la boca para anunciar una nueva reina guerrera. Pero eso no fue lo que dijo.

—Roxane. Una elemental.

La Comadrona repitió el tercer y último nombre y le dio la espalda para limpiar a la bebé, antes de envolverla en la manta celeste y ubicarla en la cuna que quedaba. Philomene respiró con dificultad. Tenía razón. Podía sentirlo. El parto la había matado. Por más fuerte que fuera, apenas iba a sobrevivir para que la vendaran y la subieran al caballo, pero iba a ser un cuerpo lo que Louis llevaría con él en el barco, para ser enterrada en la cripta familiar, o quizás la arrojaran por la borda. Su deber con la isla había terminado, y la isla no tendría más que decir sobre su destino.

—¡Comadrona! —gruñó Philomene cuando el dolor la atravesó una vez más.

—Sí, sí —respondió la mujer, con calma—. Es solo el alumbramiento. Ya pasará.

—No es el alumbramiento. No es...

Hizo una mueca y se mordió el labio durante un último pujo.

Otra bebé surgió del vientre de la reina guerrera. Con facilidad y sin ruido. Abrió los ojos negros y tomó una bocanada de aire. Otra bebé había nacido. Otra reina.

—Una reina azul —murmuró la Comadrona—. Una cuarta nacida.

—Dámela.

La Comadrona la miró sin decir nada.

—¡Dámela ahora!

La Comadrona la alzó, y Philomene se la arrebató de las manos.

—Illiann. Una elemental —dijo. Su rostro exhausto se transformó en una sonrisa y la desilusión de no haber parido una reina guerrera desapareció. Porque este era un destino más importante. Una bendición para toda la isla. Y el logro era suyo.

—Illiann —repitió la Comadrona, aturdida—. Una elemental. La Reina Azul.

Philomene se rio. Levantó a la niña en sus brazos.

—¡Illiann! —gritó—. ¡La Reina Azul!

Los días de espera fueron largos. Después del nacimiento de la Reina Azul, los mensajeros corrieron de regreso a sus ciudades con la noticia. Esperaban en la Cabaña Negra con los caballos listos desde que la reina empezó el trabajo de parto.

Una cuarta nacida. Era un suceso tan raro que algunos lo creían una mera leyenda. Ante el anuncio de la Comadrona, ninguno de los jóvenes mensajeros sabía qué hacer. Al final tuvo que pegarles un par de gritos.

—¡Una Reina Azul! ¡Bendita por la Diosa! Todos deben venir. ¡Todas las familias! ¡Y también la Suma Sacerdotisa! ¡Cabalguen!

Si hubieran nacido solo las trillizas, solo tres familias y un grupo pequeño de sacerdotisas debían haber viajado a la cabaña. Los Traverse por la reina naturalista. Los acaudalados Westwood por la elemental. Y los Lermont por la pobre reina clarividente, para supervisar su ahogamiento. Pero la llegada de una Reina Azul significaba que los jefes de las familias más poderosas de todos los dones debían venir. También el clan Vatros, que habitaban la capital y la ciudad guerrera de Bastián. Incluso los Arron, los envenenadores de Prynn.

Dentro de la cabaña, bajo las vigas oscuras que sostenían el techo, cuatro cunas accedían a la luz de la mañana contra la pared oriental. Todas estaban en silencio, excepto la bebé

en la manta gris claro. La pequeña oráculo lloraba casi constantemente. Quizás porque, siendo una clarividente, sabía lo que iba a ocurrir.

Pobre reina oráculo. Su destino estaba fijado de antemano. Desde los tiempos de Elisabet la Reina Loca — que usó su don de la profecía para asesinar a tres familias enteras que, según decía, habían conspirado contra ella—, las reinas clarividentes eran ahogadas de inmediato. Después de derrocar a Elisabet, el Concilio Negro lo había decretado para no arriesgarse a otra injusta masacre.

En los días siguientes al parto, la Comadrona quemó las sábanas manchadas de la reina. No las podría limpiar de tan sanguinolentas. No se preguntó dónde estaba la antigua reina o cómo le había ido. A juzgar por las sábanas, solo cabía suponer que Philomene estaba muerta.

Una semana después del nacimiento llegó la primera de las familias. Los Lermont, los oráculos de Pozo del Sol, la ciudad al noroeste de la isla que era la más cercana a la Cabaña Negra; aunque insistieron que habían previsto el nacimiento de la criatura y se aprestaban a viajar cuando llegó el mensajero. Miraron las cuatro cunas, y observaron con gravedad a la pequeña reina clarividente.

Al día siguiente llegaron los Westwood, engreídos en su reciente dominio de los elementales. Le susurraron a la reina elemental y le ofrendaron una manta teñida de azul.

—La hicimos para ella —dijo Isabelle Westwood, la cabeza de la familia—. No hay razón para que no pueda tenerla, aunque su vida sea breve.

Después de ellos llegaron los Traverse desde Cabeza de Foca, y esa misma tarde también los Arron y los Vatros, a caballo, con una diferencia de pocos minutos, para officiar de testigos silenciosos. Los Vatros, ricos y con grandes dones gracias al reinado de la reina guerrera, trajeron con ellos a la Suma Sacerdotisa desde la capital.

La Comadrona se arrodilló ante la Suma Sacerdotisa y le dijo los nombres de las reinas. Cuando dijo «Illiann», la

Suma Sacerdotisa entrelazó las manos.

—Una Reina Azul. Apenas si puedo creerlo. Pensé que los mensajeros se habían equivocado —murmuró, y levantando a la bebé la acunó entre los pliegues de su túnica blanca.

—Una Reina Azul elemental —dijo Isabelle Westwood, y la Suma Sacerdotisa la calló con la mirada.

—La Reina Azul nos pertenece a todos. No crecerá en una casa elemental. Crecerá en la capital. En Indrid Down. Conmigo.

—Pero... —tartamudeó la Comadrona. Todos giraron la cabeza para verla. Se habían olvidado que estaba allí.

—Y tú, Comadrona, vas a sacrificar a las hermanas de la reina. Y luego vendrás con nosotras.

La Comadrona bajó la vista.

La reina naturalista fue abandonada en el bosque, para la tierra y los animales. La pequeña y desdichada reina clarividente fue ahogada en un arroyo. Para cuando la reina elemental fue abandonada en una pequeña balsa que la dejara en aguas abiertas, tanto ella como la Comadrona estaban llorando. Leonine, Isadora y Roxane. Regresaban a la Diosa, que a cambio les había dado a Illiann para que gobernara.

Illiann, afortunada y azul.

EL VOLROY

La reina Katharine está posando para su retrato en una de las salas de la torre occidental, un piso más abajo que sus habitaciones. En la mano izquierda sostiene un frasco vacío, que en la pintura se transformará en un hermoso veneno. En su derecha tiene enroscada un trozo de cuerda que el pincel transformará en la viva imagen de Dulzura.

Gira la cabeza y contempla Indrid Down a través de la ventana: los tejados marrones de las casas al norte, los caminos que desaparecen entre las colinas, el cielo salpicado con el humo de las chimeneas y los elegantes edificios de piedra de la capital. Es un día bello y apacible. Los trabajadores trabajan. Las familias comen y ríen y juegan. Y ella se despertó esa mañana entre los brazos de Pietyr. Todo está bien. Mejor que bien, ahora que sus problemáticas hermanas están muertas.

—Por favor levante el mentón, reina Katharine. Y enderece la espalda.

Hace lo que le indican, y el pintor sonrío con algo de miedo. Es el maestro pintor más cotizado de todo Indrid Down, acostumbrado a retratar envenenadores y sus típicos accesorios. Pero este no es un cuadro cualquiera. Es el retrato de la reina Katharine. Y un encargo así hace transpirar incluso al maestro pintor.

La sentaron de tal manera que, por la ventana, detrás de su hombro derecho, se viera la Mansión Greavesdrake. Fue su idea, aunque los Arron iban a atribuirse el mérito. No lo hizo por ellos sino por Natalia, una pequeñez para honrar a la gran jefa de la familia, la mujer que crio a Katharine como si fuera su propia hija. Es por ella que Greavesdrake estará siempre presente. Una sombra de la influencia que tuvo sobre el reino. Katharine quería ser retratada con la urna

funeraria de Natalia en su falda, pero Pietyr la convenció de no hacerlo.

—Reina Katharine. —Pietyr entra rápidamente en la habitación, tan apuesto como siempre con su chaqueta negra, una camisa gris paloma, y el pelo platinado. Se detiene detrás del pintor—. Está saliendo muy bien. Saldrás hermosa.

—Hermosa —repite acomodando el frasco y el trozo de cuerda—. Me siento ridícula.

Pietyr palmea el hombro del pintor.

—Necesito un momento con la reina, si no es molestia. ¿Quizás una breve pausa?

—Por supuesto.

El pintor apoya los pinceles, hace una reverencia y se retira, los ojos atentos en el frasco y la cuerda, para recordar cómo volver a acomodarlos.

—¿De verdad me veo bien? —pregunta Katharine una vez que el pintor se va—. No me animo a mirar. Quizás deberíamos haber traído a uno de los maestros de Rolanth. Esa ciudad es mía también ahora, y sabes bien que tienen los mejores artistas.

—Incluso el mejor maestro de Rolanth podría sabotear el retrato después de una Ascensión tan controvertida. Mejor un pintor envenenador. —Pietyr se acerca, la abraza con fuerza por la cintura y le acaricia el corsé—. ¿Recuerdas esos primeros días en Greavesdrake? Parece que fue hace tanto tiempo.

—Todo parece muy lejano —murmura Katharine. Recuerda la habitación de su mansión, la seda a rayas y las suaves almohadas. Cómo se sentaba de niña con todos los almohadones en la falda para escuchar las historias de Natalia. Recuerda la biblioteca y las cortinas de terciopelo hasta el piso, donde solía esconderse cuando Genevieve quería envenenarla.

—Es como si Natalia todavía estuviera aquí, ¿no crees, Pietyr? Como si pudiéramos verla con los brazos cruzados, si

miráramos con la suficiente fuerza.

—Así es, querida. —Pietyr le besa la sien, la mejilla, le mordisquea el lóbulo, y un escalofrío hace temblar a la reina —. Pero nunca debes hablar de estas cosas con nadie, salvo conmigo. Sé que la amabas. Pero ahora eres una reina. Ahora eres *la* reina, y no es momento para nostalgias infantiles. Ven y mira esto.

La lleva hacia la mesa y despliega varios papeles para que los firme.

—¿Qué son?

—Órdenes de trabajo. Para los barcos que le vamos a donar a la familia de Nicolas, el rey-consorte. Seis buenas naves para calmar su dolor.

—Esto es mucho más que algunos barcos —dice Katharine. Pero todo lo que tengan para darles será un precio muy pequeño. Los Martel enviaron a su hijo favorito para que se transforme en rey-consorte de la isla de Fennbirn, y no duró ni una semana antes de morir al caerse de su caballo. Una mala caída en una quebrada. Llevó más de una semana encontrar el cuerpo, después de que el caballo volviera sin su jinete; para entonces, el pobre Nicolas ya llevaba mucho tiempo muerto.

Si tan solo supieran cuánto. La historia de la caída era un cuento. Una mentira armada por Pietyr y Genevieve para que nadie supiera la verdad: Nicolas había muerto después de consumar su matrimonio con Katharine, una envenenadora en el sentido más literal de la palabra, su cuerpo tóxico al tacto. Nadie debía enterarse. Ni siquiera la isla, o sabrían que no puede tener hijos de padres continentales. Que no puede tener a las próximas trillizas de Fennbirn.

Siente cómo se le congela la sangre cada vez que lo piensa.

—¿Qué estamos haciendo, Pietyr? —la mano se detiene a mitad de la firma—. ¿Cuál es el punto de todo esto, si al final no podré darle las nuevas reinas a mi pueblo?

Pietyr suspira.

—Acompáñame a ver el cuadro, Kat.

Le toma la mano y la lleva hacia el retrato. No hay mucho todavía. Siluetas e impresiones. El contorno negro de su túnica. Pero el pintor es talentoso e incluso como boceto puede imaginar cómo quedará una vez terminado.

—Su título será «Katharine, la cuarta reina envenenadora». Katharine, de la dinastía de los envenenadores. Que sigue los pasos de las tres reinas anteriores: la reina Nicola, la reina Sandrine y la reina Camille. Es lo que eres, y tenemos el tiempo suficiente como para arreglar todo y asegurar el futuro de la isla.

—Todo mi largo reino.

—Sí. Treinta, quizás cuarenta años.

—Pietyr —se ríe—. Las reinas ya no gobiernan tanto.

Suspira y ladea la cabeza para mirar el cuadro sin terminar. Apenas empezado y todavía desconocido, al igual que ella. ¿Quién sabe qué pueda llegar a hacer durante sus años de reinado? ¿Quién sabe qué cambios pueda llegar a hacer? Y Pietyr tiene razón. El pueblo sabrá solo lo que necesite saber. Tampoco saben que la tiraron al Dominio de Breccia, y que fue salvada por los espíritus de las hermanas muertas que fueron arrojadas cuando sus Ascensiones fracasaron. El pueblo no sabe que no tiene ningún don propio, que la fuerza que tiene la tomó prestada de esas reinas muertas, y que incluso ahora corren por su sangre como un caudal putrefacto.

—A veces me pregunto de quién es esta corona, Pietyr. Mía —susurra— o de *ellas*. No lo podría haber logrado sin su ayuda.

—Quizás. Pero no tienes que seguir preocupándote por ello. Pensé... —dice, y se aclara la garganta—. Pensé que ya se habrían ido. Que te dejarían sola ahora que tienen lo que querían.

Katharine siente un revoloteo en el estómago. El hambre de veneno y la sed de sangre se le aplacaron una vez que

sus hermanas se embarcaron hacia la niebla y el naufragio. Quizás Pietyr tenga razón. Quizás las reinas muertas ya hayan terminado su tarea. Quizás ahora se irán callando, satisfechas.

Termina de firmar las órdenes que Pietyr le llevó y vuelve a sujetar el frasco vacío y la cuerda. El pintor regresa y le acomoda la cuerda una y otra vez, hasta dejarla justo como estaba.

—Debemos avanzar rápido, antes de que se pierda la luz.

Con un dedo le alza el mentón y le acomoda la cabeza con suavidad, atreviéndose por un instante a mirarla a los ojos.

—¿Cuántos pares de ojos ves? —le pregunta Katharine, y el pintor la mira confuso.

—Únicamente los suyos, su majestad.

A la mañana siguiente, Genevieve golpea la puerta de Katharine para conducirla al Concilio Negro.

—¡Ah, Genevieve! —dice Pietyr—. ¡Adelante! ¿Ya desayunaste? Nosotros estamos por terminar.

Su tono es enérgico y presumido; Genevieve fuerza una sonrisa, más parecida a una mueca. Pero Katharine simula no advertirlo. El asesinato de Natalia dejó un vacío que debe ser llenado, y todos los Arron van a reñir entre ellos para completarlo. Además, a pesar del odio que siente por Genevieve, decidió no volver a juzgarla como hacía antes. Después de todo, es la hermana menor de Natalia y la nueva matriarca de los Arron.

—Ya comí —Genevieve estudia el plato vacío de la reina: restos de queso y huevo duro, con algo de mermelada envenenada—. Pensé que habíamos decidido limitar su consumo de veneno, después de lo que le ocurrió al rey-consorte.

—Es solo un poco de mermelada.

—Hace dos días la vi tragarse escorpiones y bayas de belladona más rápido de lo que podía masticar.

Pietyr le echa una mirada a Katharine, que se ruboriza. Las guerreras muertas le hacen ansiar un hacha entre las manos, y las naturalistas muertas la llevan a pasear por el jardín. A veces las envenenadoras muertas también tienen antojos.

—Bueno —dice Pietyr—, limitar el consumo tampoco le va a revertir su condición.

—Pero vale la pena intentarlo, dado que tenemos tiempo. Y es lo único que tenemos, ¿no?

Katharine se escabulle para alimentar a Dulzura mientras ellos discuten. La serpiente coral creció y mudó de piel, y ahora tiene un nuevo y encantador recipiente, lleno de hojas para esconderse y rocas para tomar sol. De otra jaula más pequeña toma un roedor bebé. Le encanta ver cómo Dulzura se desliza rápidamente a través de la arena tibia de su hogar.

—¿Hay alguna razón por la que viniste a escoltarme esta mañana, Genevieve?

—La hay. La Suma Sacerdotisa Luca ha regresado.

—¿Tan pronto? —Pietyr se limpia los labios con la servilleta y se pone de pie. Han pasado solo dos semanas desde que la Suma Sacerdotisa partió hacia Rolanth para mudar sus pertenencias del templo a las habitaciones que antiguamente poseía en Indrid Down—. Kat, deberíamos ir.

Pietyr y Genevieve la escoltan, uno a cada lado, por las muchas escalinatas de la torre occidental, hasta que finalmente descienden al piso principal del Volroy y la cámara del concilio.

Los otros miembros ya están sentados, charlando en voz baja mientras toman el té. La Suma Sacerdotisa Luca se mantiene al margen, sin beber nada ni hablar con nadie.

—Suma Sacerdotisa Luca —la recibe Katharine, tomándole las manos—. Has regresado.

—Y tan rápido —dice Genevieve con el ceño fruncido.

—Mis pertenencias vienen en carreta —responde Luca—. Les gané por un día o dos.

—Deberías instalar tus cosas en la torre occidental —dice Katharine con una sonrisa—. Sería agradable que haya otro piso habitado. Desde la distancia se ve muy grande; imagina mi sorpresa al descubrir cuántos pisos están ocupados por cocinas y almacenes.

Tanto ella como la Suma Sacerdotisa hacen caso omiso de los rostros agriados del resto del concilio, así como de su propio descontento. Katharine no puede decir que la vieja le agrada, y a juzgar por cómo Luca observa sus movimientos, sabe que la Suma Sacerdotisa tampoco confía en ella. Pero Natalia acordó ese trato. El último que hizo. Y Katharine lo va a honrar.

Hace un gesto en dirección a la larga mesa de madera oscura, y el Concilio Negro se acomoda en sus asientos, mientras los sirvientes dejan dos nuevas teteras, una con el té envenenado que Natalia adoraba, y recambian los potes de azúcar y limón. Levantan las tazas vacías y los platitos llenos de migas, y alimentan las lámparas una vez más antes de cerrar las pesadas puertas. Un asiento extra fue agregado para Luca. Pietyr se sienta en el antiguo asiento de Natalia, aunque no la haya reemplazado como cabeza de familia.

El primo Lucian repasa el orden del día: la recaudación de impuestos durante el Duelo de las Reinas fue más elevado de lo esperado, y temen una caída en la producción de grano de Manantial del Lobo. Katharine hace su mayor esfuerzo para prestar atención. Pero los asuntos cotidianos de la isla no rondan por la cabeza de nadie.

—¿Pero cuánto más nos vas a hacer esperar? —exclama Renata Hargrove.

—Renata, con calma —dice Genevieve.

—¡No me voy a calmar! Natalia le prometió al templo tres asientos del concilio. Y sabes muy bien cuáles asientos son.

Mira a Lucian Marlowe, Paola Vend y Margaret Beaulin. Son los otros miembros del concilio que no son Arron. Marlowe y Vend al menos son envenenadores, pero Margaret tiene el don de la guerra, y en cuanto a la pobre Renata, no tiene ni un solo don.

—¿Cómo podrías saber cuáles son los asientos — responde Katharine con suavidad— cuando yo misma no lo sé?

Observa a Renata desde el asiento, que empequeñece ante esa mirada. Es una sensación agradable, ser capaz de causar esa reacción. Katharine no parece gran cosa, empequeñecida después de tantos años de envenenamiento. Para siempre pálida, para siempre marcada. Pero ella sabe que hay mucho más. Incluso más que el impulso de mil años de reinas derrotadas, y la isla entera lo sabrá pronto.

—Sin embargo Renata tiene un punto. —Katharine la mira a Luca y sonrío con todos los dientes—. Has regresado. Y debes haber pensado bien tus elecciones mientras estabas lejos.

Tuvo la esperanza de que la Suma Sacerdotisa no tendría el estómago como para mirar a los ojos a la reina que había vencido a su adorada Mirabella. Que Luca no sería capaz de arrodillarse ante ella y nunca regresaría. Pero debería haberlo supuesto. Al fin y al cabo, antes de que Mirabella y Arsinoe se embarcaran hacia la niebla, Luca había aceptado presidir la ejecución de su protegida.

—Lo pensé —responde Luca—. Y mis elecciones son yo misma, la sacerdotisa Rho Murtra —que alza el mentón— y Bree Westwood.

Los primos Lucian y Allegra lanzan un gemido de dolor.

Pietyr resopla:

—Nunca.

Katharine frunce el ceño. La única sorpresa es Bree Westwood. Esperaba que eligiera a Sara, la cabeza de la familia elemental. Pero no a Bree, la chica frívola que juega

con fuego. Y, por supuesto, quien era la mejor amiga de Mirabella.

—La Suma Sacerdotisa no puede servir en el Concilio Negro —escupe Genevieve.

—Es poco común, pero en los viejos tiempos no era desconocido.

—¡Se supone que el templo se mantenga neutral!

—Neutral con las reinas. No con los asuntos de la isla.

La mirada de Luca pasa por encima de Genevieve, con desprecio, y los labios de la envenenadora tiemblan de ira.

—Entonces —prosigue la Suma Sacerdotisa—, reina Katharine, estas son mis elecciones. ¿Cuáles son las tuyas, para ser reemplazados?

Katharine mira los rostros de su concilio. Pero no son realmente suyos, sino de Natalia. Algunos son incluso de la reina Camille. Siente la hostilidad que proyectan, y debajo de su piel, Katharine siente el hormigueo de las reinas muertas.

Los Arron esperan que remueva a los tres que no son de la familia, que por su parte dirían que debería mantenerlos, para representar mejor todos los intereses. Incluso a los que no tienen dones. Genevieve le diría que le rechace las elecciones a la Suma Sacerdotisa en la cara. Y sin duda, todos piensan que debería reemplazar a Pietyr. Lo ha visto en la manera en que lo observan, cómo entornan los ojos cuando él la toca.

Pero que piensen lo que quieran. Su Concilio Negro será solo suyo.

—Lucian Marlowe y Margaret Beaulin, los libero de sus obligaciones. Ambos han sido fieles servidores de la corona, pero Lucian, no nos faltan envenenadores. Y Margaret, estoy segura de que entenderás mis sentimientos frente al don de la guerra, considerando lo que me ocurrió en manos de Juillenne Milone. Además, ahora habrá una sacerdotisa con ese don en nuestro concilio, para cuidar los intereses de Ciudad Bastián.

Margaret se pone de pie y aparta la silla de la mesa. No usa sus manos, pero el movimiento es tan rápido que Katharine no logra saber si usó la mente o las manos.

—Una sacerdotisa no tiene dones —gruñe—. La voz de Rho Murtra será para el templo y solo para el templo.

—Es cierto —dice Lucian Marlowe—. ¿De verdad piensas tener un concilio compuesto solo por Arron y sacerdotisas?

—No —responde Katharine, cortante—. Renata y Paola Vend se quedan. Allegra Arron dejará el último lugar.

Allegra abre la boca. Lo mira a su hermano, Lucian Arron, pero él no le devuelve la mirada, así que finalmente se pone de pie y agacha la cabeza, tanto que Katharine le puede ver el rodete rubio platinado. Se parece tanto a Natalia.

Y esa es la razón, más que por otra cosa, que Allegra deja su lugar.

—¿Podrán permanecer —les pregunta Katharine— hasta que lleguen los nuevos miembros del concilio?

Lucian Marlowe y Allegra asienten. Pero Margaret golpea el puño contra la mesa.

—¿Quieres que también le lustre la silla a la sacerdotisa? ¿Que le dé un paseo por el Volroy? Así no se gobierna. Permitiendo que el templo invada el espacio del concilio. ¡Manteniendo a ese muchacho a tu lado como si estuvieras interesada en su consejo y no en otra cosa!

Katharine toma algo de su bota.

—¡Guardias! —llama Genevieve. Pero la reina se pone en pie de un salto y arroja uno de sus cuchillos envenenados hacia Margaret, con tanta fuerza que se clava en la mesa.

—No necesito guardias —dice con suavidad, deslizando otro cuchillo entre sus dedos—. El primero fue una advertencia, Margaret. El segundo irá directo al corazón.

CIUDAD BASTIÁN

Jules Milone apoya las manos en las piedras de la muralla. El mortero es áspero, tibio por el sol, pero ahora se enfría en las primeras horas del crepúsculo. Ante ella yacen el mar y la playa, grisácea bajo la sombra que se extiende. El sonido de las olas y el olor salitre le recuerdan un poco al hogar, pero nada más. El viento en Bastián es menos salvaje, y la playa no es de arena oscura y rocas negras y planas para que se recuesten las focas, sino traslúcida, de pedruscos rojos y blancos pulidos por las olas. Es hermoso. Pero no es Manantial del Lobo.

Camden, su familiar, se frota contra su espalda, lo suficiente como para apretarla contra la muralla, y Jules hunde los dedos en el pelaje dorado de la gata montesa.

Las acompaña Emilia Vatos, la hija mayor del clan Vatos, guerreros que han liderado Ciudad Bastián desde que se tiene memoria. Emilia mira a Camden y frunce el ceño. Hubiera preferido que la gata siguiera escondida en vez de irse con ellos. Pero Jules es una naturalista, con el don de hacer madurar la fruta y que los peces naden hacia sus redes. Y no le gusta ir a ninguna parte sin su animal.

Camden se pone en dos patas y apoya las zarpas por sobre la muralla, para mirar las olas al igual que Jules, que se mueve rápido para volverla a bajar, con cuidado de no tocar el hombro de la gata, herida el invierno pasado por un oso.

—Está todo bien —dice Emilia—. No hay nadie aquí, y con el sol de frente todos la confundirán con un perro grande.

Camden ladea la cabeza, como diciendo *un perro grande, sí, claro*, y le tira un zarpazo poco entusiasta cuando la chica guerrera se posa de un salto sobre el borde de la

muralla. Jules contiene el aliento. El muro es alto, y del otro lado, la fosa está llena de piedras poco amigables.

—No hagas eso —dice Jules.

—¿Qué cosa?

—Saltar así sobre el borde de la muralla. Me pones nerviosa.

Emilia levanta las cejas y salta de piedra en piedra, apoyándose en un solo pie.

—Todo lo nerviosa que quieras. Corro por estas murallas desde que tenía nueve años. El don de la guerra proporciona equilibrio. Podrías hacerlo tan bien como yo. Quizás mejor. Más rápida —sonríe ante la cara dubitativa de Jules—. O quizás podrías hacer que tu madre naturalista libere el don de la guerra que te ató con magia inferior.

Emilia gira sobre sí misma y lucha contra espadas y dagas imaginarias. Tiene la gracia de un pájaro. O de un gato.

Quizás Jules pueda hacer lo que Emilia hace. Tiene la maldición de la legión, después de todo. Maldita con dos dones: naturalista y guerrera.

—Si Madrigal no hubiera atado la maldición, habría enloquecido y me habrían ahogado hace mucho tiempo.

—Y sin embargo ahora puedes usar el don de la guerra. Está debilitado, pero está allí. Quizás hubieras estado bien todo este tiempo. —Emilia vuelve a girar en el aire y apunta con una espada imaginaria a la garganta de Jules—. Quizás la locura de la legión es una mentira inventada por el templo.

—¿Por qué mentirían?

—Para evitar que alguien sea tan poderoso como tú puedes serlo.

Jules entrecierra los ojos, y Emilia alza los hombros.

—Veo que no te parece. Bien. Tienes el don de la guerra, por más silencioso que esté, así que te esconderé lo que sea necesario. Hasta que no quieras esconderte más.

En puntas de pie, Emilia salta hacia otra piedra. Pero está suelta, y se tambalea peligrosamente.

—¡Emilia!

Pero la guerrera sonríe y baja los brazos.

—Sabía que estaba suelta —dice, y r e cuando Jules frunce el ceño—. Conozco cada piedra de esta muralla. Cada grieta en el mortero. Cada crujido en las puertas. Y la odio.

— Por qu e la odias?

Jules mira hacia Ciudad Basti n, las luces y sombras entretejidas con el sol poniente. Para ella es una maravilla, fortificada y ordenada, edificios de ladrillo gris y madera que se alzan hacia el cielo. El mercado con los puestos cubiertos de tela roja, las sombras tan diferentes entre sí como los bienes en venta, la tintura borronada por el tiempo.

—Amo a Ciudad Basti n —dice Emilia, y baja de un salto—. Odio la muralla. La mantenemos por nuestro don, porque estar siempre preparados es nuestra forma de vida. Pero una muralla no es necesaria cuando tenemos la niebla. Y nos mantiene aislados —le da un puñetazo a la pared—. Hasta que olvidemos al resto de la isla. Este muro hace que todos le den la espalda, perezosos y confiados,  y a qu en le importa si el don es cada vez más débil?  A qu en le importa que otra envenenadora haya sido coronada? —observa cómo Jules pasa los dedos por las líneas del mortero—. Supongo que no hay murallas en Manantial del Lobo.

—No como estas. Solo empalizadas de madera o pircas elegantes para señalar la separación entre una granja y otra. Fáciles de saltar por un jinete o por alguien que corra con suficiente impulso.

—Cuando cabalgamos hacia Indrid Down para salvar a Mirabella en el duelo contra Katharine, pasamos por lo que quedaba de la muralla que alguna vez rodeó a la capital. Estaba cubierta de hierba y maleza. Semienterrada. No hay